

GLOSAS Y COMENTARIOS

UN GRAN SOCIOLOGO: LEON LEAL RAMOS

El fin de sus actividades, con la muerte, y la publicación del volumen *Temas Sociales, Jurídicos y Religiosos*, selección de sus obras, en homenaje al autor, magistralmente prologado por Severino Aznar y epilogado por don Luis Ordóñez Claros, dan la ocasión para esta Glosa. Los méritos para ello los tenía D. León Leal sobradamente acumulados con su larga y fecunda actividad social durante más de 50 años.

Son lecciones vivas y provechosas esas que, explicadas sin cátedra oficial durante la vida, paradójicamente se recuerdan en el momento de la muerte. El recordarlas obliga a reflexionar sobre el aprovechamiento que ellos hicieron de los talentos, discurriendo, por el camino de lo positivo, de lo constructivo en beneficio de la sociedad.

* * *

Comienzo por un rasgo de nobleza de León Leal, tan característicos en él y que tanto le honraron. Escribí, hace años, el libro sobre la Obra y la figura del P. Antonio Vicent, S. J., precursor de nuestro catolicismo social. En torno del biografiado fueron apareciendo figuras de los primeros sociólogos españoles: escritores, publicistas, realizadores. Mi juventud no me había permitido familiarizarme con nombres y rasgos que más tarde conocí; se impuso la precipitación juvenil a la perfección de la obra acabada. Sencillamente, quedó sin mencionar el nombre de León Leal Ramos. Y, sin embargo, él escribió una reseña del libro tan laudatoria como ninguna otra. ¡Y vaya si podía haberme dado lecciones! Claro que ese modo de proceder fué una y muy buena. Años adelante no sabía yo cómo excusarme ante él. No lo dió importancia. Y desde luego no fué obstáculo para una íntima amistad —para mí de sabor paternal—, con la que me honró. Justo es pagarle siquiera con unas líneas, que espero resulten aleccionadoras. Suscribiría, desde el principio, una de las frases del ilustre prologuista del volumen, Severino Aznar: «He encontrado muchos hombres buenos; pero mejor que él, ninguno.»

* * *

Fué *propagandista social* por vocación. «Le hizo orador su afán de apostolado social», dice Aznar. Desde la primera conferencia, pronunciada a los 19 años (1900) en la Academia de Santo Tomás, en Salamanca, lo social fué su tema favorito y su obsesión. Sin arredrarse cuando «el preocuparse de los aspectos sociales de la vida nos valió el desdén y aun la calificación de chiflados o de locos» (Aznar).

Su conversación, sus artículos y, sobre todo, sus conferencias patentizan una formación concienzuda; la imaginación, la sensibilidad, el corazón ponían su buen porqué sobre una ciencia adquirida con reposo y una lectura meditativa de las Encíclicas y Documentos sociales. Siempre noble y agradecido, confesará que influyeron en la elaboración de su inteligencia y de su voluntad catedráticos y sociólogos: Gil Robles, López Núñez y Aznar. Con armas y bagaje bien pertrechado, acudía sin regateo a las llamadas: de la Democracia cristiana y sus Revistas Sociales, Congresos, Asambleas; del Sindicalismo y Mutualidad; de la clase obrera, corriendo engañada tras el socialismo y anarquismo. Dice mucho en su favor el que le llamaran frecuentemente como mantenedor de Juegos Florales: Badajoz, Sevilla, Mérida...; en ellos, después de las flores obligadas a la reina del certamen, con dignidad siempre, se desvía prontamente hacia lo suyo: lo social. Para aprovechar la ocasión, para sembrar ideas, y con éxito, por su simpático decir, en un campo que indudablemente ofrecía dificultades.

Fué también un *escritor social* fácil, fecundo, original, amable. Basta un vistazo al tomo-homenaje para confirmarlo. Brotaron más de mil artículos de su pluma. De matices muy diversos: de gran compromiso unos, con la solemnidad que impone la cátedra ambulante, como fueron denominadas las Semanas Sociales. O de marginar con simpatía y gracejo la vida cacereña con íntimas «Ráfagas», crónica de la ciudad que tanto amó. «Le sobraron temas. Escribe un artículo sobre la punta de un alfiler, sobre la sombra de asunto, sobre una nadería» (Aznar).

Y aun cuando en varias de sus conferencias agota ponderadamente el tema, no se lanzó a la publicación de libros. Si por modestia o por inquietud de sembrador, de aprovechar las fuerzas para la sementera, lo discutirán quienes más calaron en su vida y su psicología. Pero lo cierto es que tiene una frase, como respuesta a los que le empujaban a asomarse a la publicidad, que le retrata de cuerpo entero, de cristiano cabal: «Algunas veces le hemos dicho: escribe un libro. Lo que esparces por las hojas volanderas, por las revistas o conferencias que das morirá con el papel o se desvanecerá con tu voz. Sólo el libro te perpetuará.»

Se encogía de hombros y humilde contestaba: «¿Y para qué quiero perpetuarme? Quiero perpetuarme, pero en el Cielo, no en la tierra. Y para escribir libros no tengo tiempo ni cultura suficiente» (Aznar). Y como si el Señor atendiera a su ruego, cortó el hilo de su vida, a punto de aparecer el tomo de sus conferencias, que de alguna manera ha de perpetuarle; pero él no llegó a verlo.

Cristiano de talla se mostró en la prueba: desde 1954 comenzó a fallarle la vista. No hubo rictus de amargura en su semblante ni negro pesimismo en su espíritu: con lazarillo —para andar y leer— siguió trabajando; cerca de 400 artículos publicó desde entonces hasta su muerte.

* * *

Orador era aun escribiendo. Orador por naturaleza. En su gran corazón encontraban eco los acontecimientos de la vida: los alegres y los tristes sobre todo. Y sentía ansias de comunicarse o de hacer una llamada de urgencia en pro del necesitado. Y como corazón, imaginación, sensibilidad estaban puestos al servicio de una inteligencia clara y alimentada con principios sanos, triunfaba en la oratoria. Ejerció la abogacía con lucimiento, como Magistrado suplente de la Audiencia de Cáceres.

Que era orador de talla lo prueba la cantidad de veces que le llamaron para actos de relieve social y lo airoso que salió del empeño. Sus primeros ensayos de Salamanca, mientras cursaba estudios universitarios, no buscaban la evasión, el retraimiento cobarde de la vida social juvenil; eran brotes de lo que bullía dentro y de su preocupación social, que comenzaba a manifestarse. El sentido social, esa reacción ante lo feo de la sociedad con ansias de mejorarlo, le colocó en primera fila para levantar su voz entonces, posteriormente para clamar y mover su pluma con acierto.

Orador y escritor cristiano. Cuando expresamente escribe sobre el «Sentido cristiano de la vida»: unas 25 bellas lecciones, cristiano testamento viendo a «Dios en todas las cosas» ya muy cercano a Dios; y siempre que tuvo ocasión de actuar en público. Hijo fiel de la Iglesia se proclamó siempre; fué su timbre de gloria no empañado, aun cuando supo hablar con fuego de adelantado y pelear en vanguardia.

Y orador patriota. Sintiendo a la Patria, amándola, haciéndola amar. Y para eso, dándola a conocer. En los problemas sociales concretamente. No hurgando en las bajezas, en las imperfecciones por el prurito de herir sensibilidades enfermizas, sino acuciado por el deseo noble de remediarlas. Por ello, haciéndolas resaltar ante aquel público con más responsabilidad y más medios para poner remedio oportuno. Por ejemplo, en las Semanas Sociales. Memorable fué el discurso en la Semana Social de Zaragoza, presentando el problema del campo, concretamente el extremeño.

Orador y escritor extremeño. Se sintió feliz en Cáceres y le ahogaba la Corte. Los honores no le ganaron para lanzarse hacia los altos puestos nacionales. Salía cuando la campaña, la Asamblea, el Congreso le requerían en su colaboración o cuando el Estado, mirando al bien común, buscó las primeras figuras sociales para planear las leyes de seguridad y trabajo. Hacía sus visitas familiares y de amistad, tan sabrosas, y a Cáceres otra vez, que le retenía con lazos irrompibles. De él escribió largamente; evocó amorosamente «perfiles del antiguo Cáceres» y desenterró recuerdos con «Evocacio-

nes del pasado», con «un intenso regionalismo afectivo, con un culto fervoroso a la región en que nació. Y eso no es peligroso», comenta con razón Aznar, que le conoció a fondo en su hablar y su sentir. Para él Cáceres era el rincón que Dios le había señalado para vivir y morir. Y le amaba entrañablemente. Pero como quien siente que dentro de la Patria, a lo grande y como medio de engrandecerla, está el trabajar cada cual en su pequeño puesto.

* * *

Sociólogo profundo, y no aficionado intrascendente, natural que penetrara en conceptos que exigen detenimiento y aclaración como fundamento y necesario punto de partida. Entre ellos los que son el alma del orden social: *la justicia y la caridad*.

«La acción social católica debe ejercitarse en el campo de la justicia y de la caridad cristiana, y cuando el imperio de una y otra se logre es cuando se tendrá asegurada la paz social, pues la justicia y la caridad, unidas bajo la ley dulce y justa de Cristo, mantienen de modo admirable la cohesión de la sociedad humana, como enseña León XIII.» Así, por ejemplo, se expresa al hablar de la Acción Social Católica.

Logro de su inteligencia es el haber puesto de relieve con más insistencia que nadie el tronque, la relación íntima entre la Justicia y la caridad, afirma Aznar. Ha sido uno de sus *leit motiv*, su obsesión, su pesadilla. Sobre este tema ha extremado la sutileza de su inteligencia. Recogiendo los argumentos que va esparciendo sobre él a lo largo de su apostolado social, se podría formar el catecismo de ese episodio ético-religioso-social, un magnífico y macizo «Tratado doctrinal» sobre esos dos pilares de la acción social del Catolicismo en busca de soluciones para la complejísima y asustante cuestión social.

Bajo el epígrafe de «Justicia social» figura una amplia referencia en el índice del volumen. Pero es que la mayor parte de sus conferencias vibran invocando a una justicia, entonces tan maltratada.

Es valiente para exponer los problemas relacionados con la justicia. A propósito de la acción social católica, llama la atención sobre ciertos católicos adinerados, «que por no leer y estudiar con el debido detenimiento cuanto enseña la Iglesia acerca de los deberes de las clases superiores, y en especial de los amos y criados, se escandalizan y consideran poco menos que doctrinas revolucionarias algunas doctrinas muy conformes con las enseñanzas de la Encíclica R. N.»

Rebate a continuación el error, que eso es cuestión de caridad solamente. No hay cumplimiento del deber pleno cuando se quiere terminar todo con el cumplimiento de una caridad. Conviene, dice, esclarecer punto de tanta importancia: «Una cosa es que sólo la caridad cristiana baste para dar solución al problema social y otra muy diferente que en lo relativo a relaciones entre patronos y obreros todo sea cuestión de caridad y nada de jus-

ticia. Lo primero es cierto, lo segundo no lo es. En efecto: la caridad es tan amplia que encierra en sí la justicia; y por eso no puede haber hombre de verdadera caridad que falte a la justicia. El que movido por la caridad lleva su solicitud por el prójimo hasta el punto de darle lo que en justicia no le debe, es imposible que le niegue lo que por justicia debe darle.»

El incumplimiento de los deberes entre patronos y obreros es efecto de la falta de espíritu de justicia y caridad en nuestra sociedad industrializada, minada por el más refinado egoísmo; ello ha sido la principal causa de la lucha de clases y de esa escisión cada vez más profunda que se ha producido entre patronos y obreros.

Cree en la caridad. En la caridad amor y en la caridad limosna; fué Presidente, arrastrando con el ejemplo, de las Conferencias de S. Vicente de Paúl. «No se crea que la caridad no tiene lugar donde colocarse tratándose de cuestiones sociales. Al contrario, ella nos lleva más allá de los confines de la justicia y nos hace acatar los deberes perfectos que ésta impone con el amor, garantía de su puntual cumplimiento, que todo lo eleva y hermosea. Por eso ya no vacilaría en decir parodiando célebre frase: "dadme una sociedad en que la caridad cristiana impere, y os daré resuelta la cuestión social"». Más de cien títulos sobre la Caridad, en sus diversas formas, han recogido en el índice los autores del volumen.

Señala la función social de la caridad con palabras de C. Arenal: «Este es el carácter propio de caridad de hoy: que no prescindan de enjugar lágrimas, pero que se esfuerce para que no se derramen tantas; que sostenga hospitales, pero que procure sea corto el número de los que necesiten ir a ellos; que visite a los encarcelados, pero que eduque y moralice a fin de que sean pocos los que infrinjan las leyes; que ampare a la mujer pecadora, pero que auxilie a la que está pura para que no caiga en el pecado...»

Marca la penetración de la caridad, destacando, con E. Duthoit, que «la caridad no se contenta con aliviar las miserias, sino que aspira a prevenirlas por medio de instituciones adecuadas y abre camino a la justicia brindándole una hermosa y necesaria colaboración. Con el mismo autor subraya que la caridad no puede sustituir a la justicia tapando huecos que ésta deje abiertos, porque nadie «a los ojos de la caridad es benéfico si ante todo no ha cumplido sus obligaciones de justicia: nenco liberalis nisi liberatus: nadie es generoso si antes no es libre: es decir, que no ha cumplido sus deberes de justicia».

La Caridad no va contra las reformas sociales. No se excluyen entre sí, como temen y afirman muchos. La Caridad de Cristo ha de informar la sociedad actual para que leyes y costumbres y contratos que envuelven la vida del trabajo cristalice en reformas sociales los dictados de la justicia impregnando del aroma de aquella caridad que es a la vez fuente y complemento de la misma justicia y de las reformas sociales. Para esto hace falta una propaganda y vulgarización de la doctrina social católica.

Mirar con desdén las reformas sociales en favor de los necesitados e invocar al mismo tiempo la caridad es una burla sangrienta de la caridad misma. Decía Julien en Arras: «la caridad no está hecha para atajar la ruta a la justicia, sino más bien para facilitarle el camino y para servirle de coronamiento».

* * *

Para un hombre de sus inquietudes sociales, la siembra de ideas era un iluminar la inteligencia, pero empujando hacia la acción. Pasan del centenar los artículos y conferencias recogidos en el Índice de materias sobre *Acción Católica* y *Acción Social*.

Preciosa conferencia la que pronunció en el teatro Principal de Cáceres, 28 nov. 1920, en el curso organizado por la Unión Escolar de Cáceres. En el vigor de la edad madura él, y con un público juvenil y numeroso delante, la inspiración le brota arrolladora para exponer el tema «El público espectador de los conflictos y transformaciones sociales de la época presente».

Los hombres de estudio, de carrera, no pueden inhibirse y permanecer extraños a las grandes contiendas que se ventilan en el terreno social, sordos a los alaridos de las vicisitudes de la injusticia... «Es menester que nos hagamos cargo de que en el mundo del trabajo hay sed de justicia que es preciso saciar, y sed de locas venganzas que es preciso curar; anhelos de mejoramiento y ascensión social que es preciso ayudar, y desvarios de grandeza opresora que es preciso corregir; ansias de factibles y saludables renovaciones sociales que es preciso fomentar, y vehemencias de imposibles o peligrosas transformaciones que es preciso frenar.»

No hay que esperar del Estado una actuación que lo resuelva todo; poco podrá hacer si el gran público espectador sigue cruzado de brazos. Ni basta que unos cuantos hombres sostengan ruda lucha, en cuyo fragor es difícil conservar la serenidad que implica el más completo desapasionamiento. Siguen unas cuantas pinceladas fuertes sobre el capitalismo amparado por el individualismo liberal y por la pasividad e indiferencia del gran público espectador, que únicamente se alarma por lo que creen intromisión del Estado por una legislación social que trata de cortar abusos.

La conferencia es en el año 20 y, sin embargo, desarrolla limpiamente el principio de que el régimen de salariado no puede ni debe reputarse como definitivo. «Habrà que humanizarlo cuanto se pueda porque es imposible suprimirlo de un plumazo y hay que preparar dentro de él la evolución a otras etapas...: la participación en los beneficios, y aquella otra copropiedad de la empresa que emancipe al obrero de la dependencia actual convirtiéndole de asalariado en asociado.»

Muy significativo es lo que añade: «Ya sé que cuantos me escucháis tenéis la suficiente cultura para no escandalizaros por estas afirmaciones que me han granjeado duros anatemas de ciertos defensores del «estatu-quo»,

ante los que alguna vez he tenido la ingenuidad de hacerlas. Pensando en ellas diré que precisamente esas son soluciones del catolicismo social.»

«Es que se va a una sociedad nueva, de la cual nada hay que temer si en ella se encuentra más justicia, si en ella se da al traste con los excesos, abusos e iniquidades que produjeron el hondo malestar de la época presente. Esa nueva sociedad será, en el orden económico, la negación del capitalismo, es decir, del sistema que, con detrimento del trabajo, da al capital un lugar preponderante y abusivo.»

Su valiente postura es manifiesta; con todo, para no escandalizar y dar motivo para rasgarse las vestiduras a los intransigentes, invoca testimonios de autoridad, tales como Conde de Mun, Toniolo, P. Fesch, Cardenal Gibbons y, sobre todo, León XIII.

* * *

Los temas *agrarios* le brotan con especial espontaneidad de la pluma; conoce los problemas del campo, y sobre todo los de Extremadura. «Un modestísimo observador de la vida agraria», se apellida él al comienzo de su exposición en la Semana Social de Zaragoza; y, sin embargo, Aznar llega a afirmar que «su estudio sobre los Factores Jurídicos y Sociales del Problema Agrario» es un trabajo profundo, exhaustivo del problema social agrario, uno de los más sólidos que sobre ese tema se han escrito, uno de los más destacados entre los que se oyeron en aquella S. S. en que intervinieron personalidades eminentes... Ese estudio es fruto de una inteligencia afanosa y privilegiada.»

Con humildad afirma que no llega de centros Académicos y Universitarios, sino del contacto con la realidad campesina, sembrada de privaciones, austeridad, dolores, heroísmos, olvidos, miserias e injusticias sociales. Ciencia experimental fiel, que unida a la ciencia teórica habían de impresionar vivamente arguyendo «con espíritu cristiano» en favor de una clase tan meritoria y olvidada.

Comienza sentando el principio de que el problema agrario es el fundamental de todos los países, haciéndose eco del Mensaje del Presidente Harding ante el Parlamento de EE. UU.: «La crisis del agricultor no le afecta a él solo, porque los desastres de la agricultura son desastres nacionales.»

Su sentido español y cristiano le hace enfocar lo amargo del asunto sin pesimismo enervantes y trallazos despiadados: «La ciencia social católica tiene dos fuentes inagotables: el Evangelio y la vida. En este gran libro de la vida, siempre iluminado por la luz que irradian las enseñanzas de aquel otro libro Divino, se me encargó que principalmente leyese para descubrir factores del más grave y transcendental problema social de la hora presente.»

Las partes de su conferencia por sí solas indican lo concienzudo de su trabajo: El régimen jurídico de la tierra.—El Estado y la propiedad.—El dominio, derecho limitado; la fundición social de la propiedad.—El acceso de los pequeños cultivadores a la propiedad de la tierra y los asentamientos

de los campesinos; la estabilidad de la pequeña propiedad; los braceros a propietarios; los asentamientos de los campesinos.—De la ideología jurídica del campesino.—De los factores sociales del problema agrario.—Causas del éxodo campesino no son solamente las económicas; son psicológicas, morales y políticas; afán de mayores ganancias; deseo de salarios de mayor estabilidad; deseo de los beneficios de los seguros; búsqueda de trabajos menos duros y penosos; atracción de placeres y diversiones; huida del agobio de impuestos, arbitrios y gabelas; endeudamiento del agricultor; desaparición de las pequeñas industrias rurales y de los bienes comunales; el abandono oficial que tiene la agricultura; la concentración de la propiedad y del cultivo; el menosprecio de que en todas partes es víctima el aldeano y su rústica profesión, etc.

El final es un programa de orientación de la cultura del campesino: Escuelas primarias; Escuelas especiales de tecnicismo práctico; cátedras ambulantes y cursillos para agricultores.

«Llevemos cuanto antes al campo todo lo que necesita y no tiene: cultura, dinero, higiene, técnica..., y hagamos porque conserve lo que insensiblemente va perdiendo: la fe, el amor a la familia, el amor al terruño, los hábitos de austeridad, de trabajo, respeto a la autoridad, confianza en la justicia, amor, compenetración y ayuda mutua. Y para eso vayamos todos al campo con verdadero espíritu social.»

* * *

Como prueba de que no era un soñador, sino que sus enseñanzas podían traducirse en realidad, está la fundación de las *Cajas de Ahorros*.

«Otro de los ideales que absorbieron una gran parte de su actividad y suscitaron su entusiasmo fué la previsión, la llamada de primer grado, la Caja de Ahorros y la de segundo grado, es decir, los Seguros Sociales.»

Trabajó para fundar la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Cáceres; su preparación y sus cualidades le impusieron el dirigirla; y su Director fué durante medio siglo, desde la fundación hasta su jubilación. Si la Caja de Ahorros es obra de por sí social, él se empeña en que sobresalga la de Cáceres como tal. Sus ganancias son, a su juicio, de los impositores, y a ellos se les devuelve en obras sociales que les sean útiles. Basta leer su precioso artículo «Una función social de las Cajas de Ahorro» para comprobarlo.

El diario *Extremadura* se viste de luto al morir D. León; y mirando a la Caja de Ahorros y Monte de Piedad cacereños, cree que ninguna otra Obra «proclamará como ésta su espíritu cristiano y social vinculación al servicio de la Comunidad. La Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Cáceres, del que él fué durante medio siglo, desde su fundación, alma, luz, nervio, piloto y figura representativa, porque sus méritos y clarividencia, su capacidad de trabajo y de celo constructivo atrajeron en él la máxima carga de todo el prestigiado organismo. Hasta ella llevó su sentido social y su

elevado espíritu evangélico y fué la Caja, para Cáceres, un bálsamo en mano del buen Samaritano, extendida, al borde del camino, para los humildes y económicamente débiles en tiempos en que el indiferentismo social hacía más grave la condición de los necesitados».

En la extensión de los Seguros Sociales ve la solución, o al menos la disimulación de la plaga del Pauperismo. El Instituto Nacional de Previsión le llenó de satisfacción por eso. Y su último triunfo de resonancias nacionales se lo facilitó el mismo Instituto en la celebración del cincuentenario de su fundación, cuando quiso evocar, con la presencia y la palabra de cuatro veteranos, los primeros pasos de su andar vacilante inicial. Alguien, dice Aznar, me escribía con ocasión de aquéllo: «El gran éxito fué el discurso de Leal Ramos y para él la ovación más clamorosa. Los otros parecían la vejez, encanecida, noble y prestigiosa, recordando un poco nostálgicos; Leal Ramos la juventud —él, que va hacia los 80— animosa, elocuente, alegre y confiada, presentando viejos ejemplos, pero para la imitación de los jóvenes.»

Para entonces había multiplicado sus intervenciones en Asambleas Nacionales de las antiguas Cajas Colaboradoras del Sindicato Instituto, hecho especialista, con autoridad reconocida, rico en doctrina y pletórico de experiencia.

Hay que educar al labrador para el crédito, del cual, por otra parte, está tan necesitado; hay que ayudarle económicamente y formarle culturalmente, educarle para saber echar mano de tales beneficios.

El Crédito no crea capitales, pero los multiplica; y por tanto contribuye a multiplicar la producción. Luego es instrumento de progreso. Es arma eficaz contra la usura. Hay que darle mayor amplitud para que llegue a los últimos rincones. Y de las tres garantías estudiadas con claridad meridiana: hipotecaria, pignoraticia y personal, canta las excelencias del crédito a las personas.

Naturalmente que de la vida y funcionamiento de las Cajas tenía que difundirse como fruto, objetivo fundamental de las Cajas benéficas, el ahorro. Es otro de sus temas predilectos. Hace campañas del ahorro de los niños, de los trabajadores, de los jóvenes. El «ahorro es una virtud». Es una virtud porque se piensa, más que en el dinero que se ahorra, en la voluntad que le sustrae al consumo; porque se considera al ahorro como acto humano, consciente, inspirado en elevados y generosos móviles. No es gimnasia del músculo, es gimnasia del espíritu, y es al espíritu lo que aquella otra gimnasia es al cuerpo.

* * *

Terminamos con las frases de *Extremadura*, intentando el resumen de su ejemplar vida: «El gran cacereño y hombre bueno, afanado por el bienestar de los humildes; el católico encendido en amor proselitista y sincera piedad eucarística y caritativa, el cacereño amante de la gloria y bienestar cacereño,

el hombre social preocupado permanentemente por hacer carne de su vida los postulados de justicia social modernos, el escritor fino y amable... cristinamente, como fué su vida, conformada a la voluntad de Dios, sobre la que giró toda ella, murió en la mañanita del 6 de febrero de 1959, posando una vez más su recuerdo en su querida Virgen de la Montaña y volando desde allí al cielo.

Oficialmente fueron reconocidos sus preclaros méritos con la concesión de la Medalla de Oro del Trabajo. El Señor, al acogerle en su seno, habrá premiado largamente su desbordante actividad por la justicia y la caridad, haciendo que brille como estrella por toda la eternidad.

F. DEL VALLE